

## La gramática constructiva de Agustín Jiménez

José Antonio Rodríguez

*Algo había comenzado a suceder a finales de 1931. Entre el 5 y el 15 de diciembre de ese año, en el Palacio de Bellas Artes (entonces Teatro Nacional), fueron exhibidas 282 fotografías que formaban parte del concurso organizado por la fábrica de cemento La Tolteca. A esa reunión muchos habían sido convocados, pero sólo cuatro fotógrafos escasamente conocidos se habían llevado, inesperadamente, los principales premios.*

Ninguno de ellos pertenecía a la vieja guardia que se agrupaba en la Asociación de Fotógrafos de México (en la que militaban fotógrafos que habían participado activamente en la Revolución, de la talla de H. J. Gutiérrez, Jesús H. Abitia o Antonio Garduño) y que tenían en *Helios* un fuerte órgano de difusión. Más bien esos cuatro fotógrafos ganadores se encontraban experimentando una gramática visual que no tenía antecedentes en la fotografía mexicana. Por tal osadía, una interminable lucha por la permanencia de los conceptos estéticos, de una y otra parte, se había comenzado a dar.

Los fotógrafos y sus premios quedaron así: el primer lugar fue para Manuel Álvarez Bravo por su fotografía *Tríptico cemento 2* (que años después sería conocida como *La Tolteca*, una imagen de limpiísimas líneas con reminiscencias de la abstracción cubista); Agustín Jiménez obtuvo el segundo por *Síntesis* (una fría estructura monumental lograda por una toma en contrapicado de los silos de la fábrica); Dolores Martínez de Álvarez Bravo el siguiente premio por *Cemento forma* (la fotografía más plenamente abstracta de los ganadores; formada a partir de sombras en triángulo, círculos y líneas transversales iluminadas por el sol, lo cual no era más que el rincón y la cornisa de un edificio); y Aurora Eugenia Latapí que obtuvo el cuarto lugar con sus fotografías de un entramado industrial semiabstracto con equidistantes puntos de fuga. Sorprendentes fotografías que

nada tenían que ver con las que mostraban a los obreros en la fábrica, o paisajes de ésta, de los más de doscientos concursantes.

Los ganadores absolutos habían sido, sin duda, Manuel Álvarez Bravo, ganador del primer premio y de los 600 pesos con que estaba dotado, y Agustín Jiménez, que no sólo se llevó el segundo lugar, sino siete premios más por sus fotografías, con lo que rebasó, en cantidad monetaria, lo obtenido por Álvarez Bravo; por ello, Jiménez obtuvo la nada despreciable cantidad de 875 pesos de aquel 1931. ¿Quién era, entonces, este fotógrafo quien, junto con los otros, estaba rompiendo con las tradiciones impuestas?

Agustín Jiménez, por lo menos desde 1926, era el fotógrafo oficial de la Escuela Nacional de Bellas Artes (la ex Academia de San Carlos), y el fotógrafo de planta de la revista *Forma*, en donde se anunciaba como "el único especialista en trabajos de pintura y escultura". En esa misma escuela tenía a su cargo un curso de fotografía, en donde, bajo la dirección de este singular artesano, un grupo de jóvenes aprendices comenzó también a marcar nuevas propuestas en la fotografía, las que eran vistas con mucho recelo por los viejos maestros del paisaje y el retrato pictorialistas.

Dos semanas antes de la exposición de *La Tolteca*, Jiménez, junto con su alumna más aventajada, Aurora Eugenia Latapí, monta una exposición en la galería Excélsior, donde exhibe cerca de cien fotografías. La respuesta ante sus sorprendentes experimentos no se deja esperar. Guillermo Rivas escribe en *Mexican Life* un elogioso comentario ejemplificador: "Las fotografías de Jiménez son una singular manifestación de una acuciosa visión individual y una intuición hipersensible... Una cámara en sus manos adquiere un poder de clarividencia para realzar las más altas cualidades del objeto retratado, para descubrir patrones de claroscuro en objetos comunes o para presentar los objetos más familiares desde un ángulo poco usual en el que adquieren un repentino e intenso interés.

"Hay un íntimo sentido de multiplicidad óptica en esta aproximación. Sus ojos detectan un diseño básicamente matemático en los sombreros de los indios marchistas y en un entrelazamiento de miles de óvalos dentro de una novedosa ondulación. Obtiene el mismo resultado matemático en el grupo de vasos de

vidrio sobre una bandeja, una canasta de aguacates, una cerca de órganos (cactus) o la superficie de una piña. Un sentimiento palpable, que reduce al mínimo la participación mecánica de la cámara, emana de su trabajo. Los arreglos —por todas sus extraordinarias cualidades— nunca son "poses". Él fotografía, en el más versátil de los rangos, sólo aquellos objetos que despiertan una respuesta creativa".

Mucha razón tenía en sus comentarios el crítico Guillermo Rivas. Jiménez se encontraba transformando la tradicional imagen fotográfica. No sólo en aquellos planos cerrados en donde evidenciaba texturas y formas a partir de un gran acercamiento y con los que lograba llegar a la abstracción, sino también en varias imágenes en las que él mismo intervenía para lograr la composición precisa. Ésta era, entonces, una gramática que cometía el gran pecado de trabajar, elegir y componer estructuras fotográficas de acuerdo al propio interés del fotógrafo. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 2. Nuevas tecnologías*  
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1993.